

### “El precio”

Escribe: LUIS NAVARRO

“Je me demande sans cesse á quoi bon ceci, á quoi bon cela”.

BAUDELAIRE.

La tarta a la crema consabida del centenario le toca ahora al autor de *Las flores del mal*. Era irremediable. Franceses o pakistaníes, intelectuales u hombres de negocios, todos, más o menos, nos vemos obligados a poner cara de circunstancia con tal motivo porque se trata de algo tan grave como la Gloria, el Genio de un tipo humano distinguido en el quehacer de nuestra especie irredenta. Sí, alguien con los mismos pulmones e iguales sistemas vascular y génito-urinario. Pero...

La crítica nueva (siempre hay que ser nuevo, forzosamente y por lo visto, si se quiere permanecer) descubre y saca ahora conclusiones imprevisas de la vida y obra del que en un tiempo, el de su vida, no fue considerado más que como el traductor de Edgar Poe, etiqueta que el proceso judicial de *Las flores del mal* no logró invalidar efectivamente pese a la ganga del escándalo literario correspondiente. El hombre, el artista, el creador, el poeta —todos lo sabemos—, murió de asco, agotado por el exceso de evasiones a las que arrastraba su temperamento radical para liberarse de la sociedad cretina del Segundo Imperio y de la “bêtise humaine” del mundo tal como es. Su cortejo fúnebre fue tan parco en prestigio como el trayecto de su cuna hasta la sepultura. Pero...

Hoy una turba de sicólogos, historiadores e incluso —¡cómo no!— publicistas, se afanan como lebreles perdigueros detrás de la pista del hombre cuyo libro de poemas ha atravesado un siglo, indemne, sin perder una sola hoja ni dejar de producir, por supuesto, sustanciales frutos que no tienen nada que ver con la literatura. Los editores de cualquier lengua viviente están dispuestos a consentir los mayores sacrificios con tal de satisfacer al hombre del siglo el ansia de saber sobre las reacciones del poeta ante la menor congestión gripal. Las estadísticas nos dejan anonadados: Después de Shakespeare, es el poeta con mayor número de traducciones de toda la historia de la literatura universal. Los ensayos sobre su obra

y los estudios sobre su personalidad comienzan a adquirir un ritmo progresivo a partir de principios de siglo, cada año su compendio epistolar se ve enriquecido con nuevos aportes y todo el mundo anda a la caza de la "nouvelle nuance" que pueda esclarecer en algún modo la manera de ser, de pensar, de vivir, de caminar del glorioso personaje. Solo con las monografías recientes podría colmarse ampliamente una biblioteca regular. Porque llega el momento de echar cuentas. Es la gran orgía de los reconocimientos póstumos, de las equivocaciones confesadas generosamente a cuenta de nuestros predecesores, de los remordimientos piadosos e interesados, del gran descubrimiento en fin. El precioso ejemplar de lepidóptero solo es analizado a la lupa cuando tiene un alfiler clavado en el medio de las alas. Pero...

El hombre de los ojos de brasa y de la boca amarga que "por medio de fugas trataba de librarse del sufrimiento y de la humillación afrontando sufrimientos y humillaciones mayores"; el hombre cuyo carácter le hacía elegir, a su riesgo y peligros, las soluciones más desastrosas para su libertad, como vislumbra certeramente Sartre; el hombre de los paraísos artificiales, de la droga, del sexo y de todo lo demás... es la figura ideal que hoy las Letras universales canonizan. El nombre desterrado, proscrito, solitario, recibe las credenciales jubilosas de la gloria y el visado para la inmortalidad, pero en los espejos antiguos que guardan los espasmos de la máscara doliente del hombre, la mueca sigue igual: ardiente y triste.